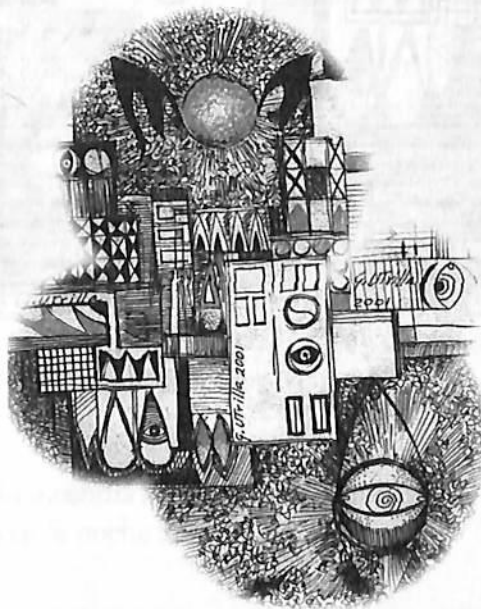
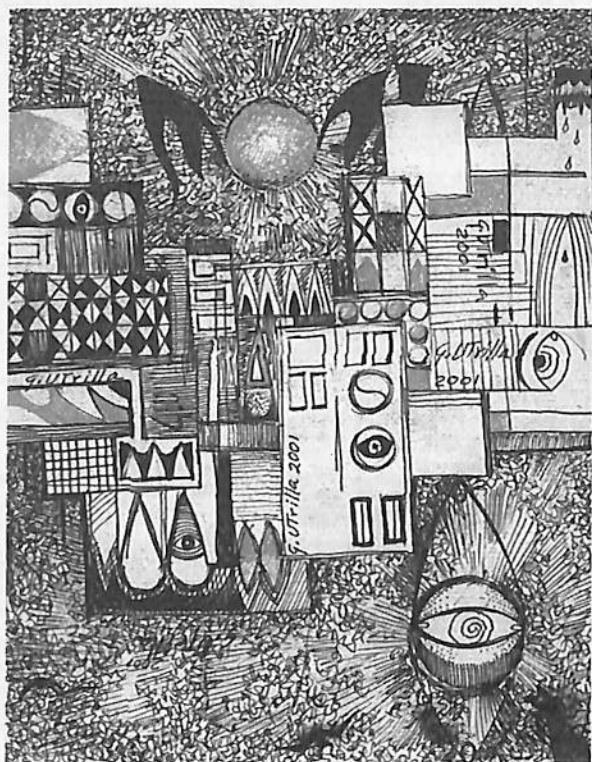


Pliego de poesía de La Colmena

TEÓFILO ESPINOSA
CASTAÑEDA

DIOS Y EL VAMPIRO





DIOS Y EL VAMPIRO

Dibujo de GONZALO UTRILLA

ACTO PRIMERO

LA NOCHE DEL VAMPIRO

Por la noche, se movía sigilosamente y
le sorbía la sangre a cada palabra que escuchaba...

El vampiro es el señor del deseo.
La única forma de destruirlo es
enterrándole a la doncella
una estaca en el corazón...

En el fondo, la actividad criminal del vampiro no puede ser
sino trágica, un movimiento desesperado hacia el fracaso. Su
existencia es una causa perdida
—como todas—, una lucha hasta el último aliento contra el
destino, una disputa acalorada contra sus propios límites y los
de Dios, quien tampoco controla su destino.
Como todos los seres, pero en extremo, el vampiro va en pos de
la desgracia que hay en la existencia misma, de fracaso en
muerte, de horror en crimen, de sed en sed...

Una obsesión incendia los ojos
del vampiro en la noche abierta:

Poseer para siempre a la mujer.
Pero ella, veleidosa, burlona, absurda,
o desaparece o se desangra...
Al perderla, el vampiro pierde el alma.

¿Habrá un vampiro que no conozca el aburrimiento?
No, todos los inmortales están
condenados a la eternidad del tedio, al movimiento inútil
de su aflicción.

El vampiro es la conciencia
de la culpa del deseo, un malestar esencial,
un desconcierto existencial vuelto rabia...

¿En qué tremendos actos consumen los vampiros
la sangre abundante que en una noche beben?
¿Por qué después de haber consumido tanta
llegan a reaparecer al otro día desgastados,
pálidos, anémicos, desencajados?
Todo lo explica el hecho de que a ellos mismos
—insomnes eternos— les sorbe la sangre en
sus inabarcables horas de vigilia un vampiro mayor:
La Conciencia.

Destruía sus recuerdos, les succionaba la sangre.
A su ser por dentro lo desintegraba el sol.

Aprisiona los muslos de la mujer
con sus muslos de fiera del deseo,
le hunde los colmillos a su doncella deseante en el cuello,
bebe su sangre, la degusta, se excita,
se desangra incluso a sí mismo, pero ni así el Amor,
la Muerte, el Tiempo, que no son sino despeñaderos,
le revelan su misterio...

Cedemos a la tentación,
quebrantamos la ley,
paladeamos la dulzura negra del delito,
nos rebelamos contra Dios.
Y por ese acto alucinante y primigenio
conocemos la única libertad posible:
La libertad del ácido.
De cualquier modo, tristes o estúpidos, oscuros o iluminados
ardientes o abúlicos, no somos más que unos colmillos
destinados al dolor
y a la sangre,
al éxtasis y
a la perdición...
Todo el instante que duramos es un homenaje a Dios.

Aproximarse al absoluto de la mujer, a su lumbre, y ser lo único digno que puede serse frente a ella, dentro de ella, fuera de ella, lo único realmente profundo:

Un desfiladero, un desconcierto, un camino vampírico al abismo.

Poseer a las mujeres, abrirles heridas de amor en el cuello, en los muslos, en el sexo. Y derrumbarse ante ellas, ante su cuerpo delicadísimo, ante la fragilidad de su ser, como una criatura sin destino... Y que la noche se abra ante nosotros y que no reaparezca jamás el sol.

Es un fracaso
como vampiro:
Le horroriza la noche.

El vampiro
vive oculto
en la sonrisa
de la mujer.

Cualquiera puede imaginarse a Drácula caminando de noche, buscando muchachas con cuellos virginales, animado locamente por su sed de sangre, siempre listo para atacar, destruir y

escapar. Pero quien reconozca la inutilidad de repetir siempre los mismos actos para encontrar siempre el mismo vacío, imaginará fácilmente al vampiro caminando de noche como ido, con chorros de baba en lugar de sangre resbalando de sus colmillos, distraído, sin apenas advertir que existen personas a su lado, y finalmente incluso sentado en alguna banqueta sucia, pensando y sacando sus conclusiones acerca de porqué la existencia es tan absurda, asombrado de que ni siquiera su baba y su abulia tengan sentido...

Poseemos a la mujer, la trastocamos, la dominamos, la desmadejamos, mientras la rojísima sangre de nuestra yugular ilumina sus labios...

ACTO SEGUNDO

LA NOCHE DE DIOS

¿Tres cosas de las que se arrepiente Dios?

—De existir.

—De haber colocado en el hombre su propio gusto por la desesperación.

—De haberle hallado muy tarde el gusto a la inmovilidad.

Quisiera aproximarse a la debacle de Dios.

¿Para qué?

Para recobrar la fe...

¿Tres cosas en las que Dios nunca ha creído?

—En los finales felices.

—En que todo sea irreconciliable entre el Demonio y él.

—En que el universo tenga sentido.

Los hombres somos ruidosas moscas
en esa casa abandonada que es Dios...

Dios nunca nos abandona, aunque estamos perdidos.
Porque Dios es en esencia
el principio de esperanza que sostiene
todo el movimiento de nuestro ser...

¿Negarse al delito?

Si eso fuera posible
hace miles de años que Dios
no tendría sentido.

¿El obsequio más genial que Dios le ha hecho al hombre?
La Santa Muerte.

¿Una duda que lo atormenta?
Si para él, como para “el inmortal” de Borges, existen
en alguna parte del universo las aguas de la muerte...

¿De lo que no deja de sorprenderse?
De haber fallado tanto en la creación.

¿Lo que aún le da ánimos para seguir creyendo que todo es posible?
Aunque algo resquebrajada, la fe del hombre.

¿Lo que más le asombra de las mujeres?
Su rebeldía, su capacidad para la seducción.

¿Lo que le hace sentir culpable algunas veces?
Haber abandonado al hombre al puro movimiento de la suerte.

¿Con quien nunca le gustaría hablar?
Con un sacerdote.

¿Lo que piensa de los filósofos?
Que como dijo Sócrates, en verdad no saben nada.

¿Lo que lo liga para siempre al hombre?
La tristeza, el error, la desidia, la decepción.

Como dice Roland Barthes, los demonios, son demonios de lenguaje. Por lo tanto, para expulsarlos de la mente y del cuerpo de uno, es necesario escribir, contar, confesar, gritar, realizar la práctica terapéutica de hablar, desahogarse... Dios, que no ha podido evitar que el demonio opere sobre nosotros en forma de lenguaje, nos perdona nuestros deslices verbales, nuestros “malos pensamientos” verbalizados. Él es el creador del verbo y conoce todos sus recovecos, sus contradicciones, sus paradojas y sus incontinencias. Sabe muy bien, por eso, que el hombre —desde el mito hasta el psicoanálisis, pasando por la confesión, la literatura y el exorcismo— ha necesitado expulsar sus demonios —consustanciales a su ser— y que para ello ha necesitado hablar sin cortapisas. A un demonio (“de lenguaje, no hay otro”) no se le expulsa si se simula el discurso, si no se publica la verdad fuerte del ser, si se autorreprime el verbo, si no se usa esa navaja de rasurar que es la verdad. Por

ello, el mandato ético y la neta de la mente no puede ser otro que decir lo que se piensa, declarar lo que se desea, así se piense o se desee algo prohibido o terrible. No expulsar los demonios de lenguaje es la mejor forma de encaminarse a la enfermedad o a la estupidez, es decir, al mal...

Es verdad lo que decía Jaime Sabines: “Dios ha puesto orden en las galaxias y distribuye bien el tránsito en el camino de las hormigas”, y “pinta el cielo de manera increíble”. También sabe “que el pez grande se traga al chico”, “que el hombre se traga al hombre”, y “por eso inventó la muerte: para que la vida... sea para siempre”.

En verdad es así, en verdad Dios “es un viejo magnífico que no se toma en serio” (no tanto al menos como muchos hombres) y es “un poco cegatón y bastante torpe de las manos”.

Y aunque no siempre está de tan buen humor como dice Sabines, y se olvida del hombre —y hasta de sí mismo— y no le importa el dolor, ni la miseria, ni el horror de sus criaturas. Y a pesar de que con su ausencia voluntaria los asesinos ríen, los estúpidos triunfan y el hombre se desespera y se corrompe (no todos somos Job), de cualquier manera, hasta su soledad a veces tan amarga y hasta su temblorosa decepción, debe llegarle nuestro mejor deseo: “Que Dios bendiga a Dios”.

Desde el fondo de nuestro sufrimiento intentamos comunicarnos con Dios, no tanto para probar (delirio filosófico y/o juego

intelectual) que existe o que somos unos elegidos, sino para simplemente pedirle lo elemental: que nos alivie, que nos libere de lo insoportable, de lo insalvable, que nos libre del dolor. La vida es un camino abierto al sufrimiento, una boca feroz que nos mastica, que nos muerde, que nos hiere, un vacío que nos espanta. ¿Cómo superar el miedo a la muerte, a la oscuridad, al hambre? ¿Cómo resolver el problema del desamor, de la soledad? Llegado el momento, nadie puede. La impotencia a la que somos reducidos se resuelve necesariamente en un rezo, en una íntima y desbordada oración cuyo destino son los oídos de Dios, su corazón. Pero Dios, ya sea porque simple y atrozmente no existe o porque algo —¡Oh, la mala, siempre la mala suerte!— se interpone entre él y nosotros, sus suplicantes, no se comunica, no se aparece, no hace nada. Así, aunque nunca termine de parecernos increíble, lo insoportable se despeña sobre cada uno de nosotros, que desde el fondo más insondable del sufrimiento oramos para comunicarnos con Dios. Y mientras continuamos esperando el milagro de su acto y su voz, seguimos sosteniendo el mundo (deshecho, roto) como inciertos Atlas del desmoronamiento y el dolor.

No soy, ¡oh Dios!
¿Y tú...?
sino el reflejo
del asombro infinito
del espejo...

Eleva sus manos hacia Dios, pero una nube en forma de boca se las devora. Sufre, se desespera, padece, pero continúa firme en su fe.

Llorando de fervor, eleva sus muñones ensangrentados hacia Dios.

Después de muchas horas de espera y de dolor, un ángel piadoso le arroja una moneda...

Rompió un cristal cuando era un niño, y sus padres lo castigaron salvajemente.

Es curioso: hoy se rompe, se desgarrá, se destruye a sí mismo. Y nadie, ni siquiera Dios, se ocupa de él.

Dice Rilke:

“¿Qué será de ti Dios cuando yo muera?

Soy tu bebida, cuando me extingo,

soy tu traje y tu oficio.

Soy tu jarra, si me hago pedazos,

pierdes, conmigo, tu sentido.”

Porque cada hombre tiene en su vanidad oceánica y en su experiencia del dolor su propio Dios. Cada hombre, por más ridículo, obsceno o insignificante que parezca, es su propio otro yo de Dios...

El hombre es lo que es su Desgracia.

Y Dios es lo que es su Decepción...

Las mujeres son semidiosas, seres fantásticos, sobrenaturales, demiúrgicos a los que les rendimos culto y a cuyos poderes nos sometemos, nosotros los huérfanos de Dios.

A veces Dios parece un usurero: Nos cobra por existir con intereses muy altos de dolor.

Perderemos el viaje de retorno al paraíso por haber renunciado a Dios y haber preferido a la mujer.

Pero conoceremos a cambio la única experiencia por la que vale la pena haber nacido...

¿Poseemos a la mujer, la dominamos, la tenemos?

No.

La mujer es, como la Muerte, como el Tiempo, como Dios: Imposible.

En realidad al abrazarla, sólo abrazamos su sombra...

¿Encontraremos a Dios?

Sí.

En la desnudez espiritual de la mujer, en la noche abierta del misterio de su sexo y de su ser.

Nunca estamos solos, ni siquiera cuando más lo parecemos: la vanidad y la envidia. La cobardía y la ambición, el odio y la desidia nos acercan la compañía del demonio. Y la tristeza sin fondo. La melancolía, nos acerca la de Dios.

A los asesinos que le rezan a Dios les va mejor que a los que no le rezan.

Eso prueba el valor del rezo y la vanidad intrínseca de Dios.

Morimos a diario de varias maneras: las decepciones, los fracasos, las soledades. Los abandonos, las enfermedades, las angustias, los miedos, los desamores, las desesperaciones son formas de la muerte, cuyos dientes nos mastican tan ferozmente que llegan a sangrar los oídos de ese solitario delicado que es Dios.



Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM